

MARÍA DE MAGDALA. UNA BÚSQUEDA DE SENTIDO DE VIDA SEGÚN JUAN 20, 1-10.

Claudia Álvarez Pérez

Resumen

El presente texto se refiere a la importancia existencial que tiene Jesús para María Magdalena según el texto de Juan 20, 1-10. Se trata de un artículo reflexivo que quiere plantear al lector los criterios teológicos encontrados en el encuentro entre la mujer de Magdala y el hombre de Nazaret. En el transcurso de todo el escrito se va evidenciando la manera en que Jesús se va revelando paulatinamente hasta lograr que ella lo reconozca, solo sabrá quién es cuando escuche la voz del que la llama por su nombre. Este vínculo íntimo entre dos seres unidos por una experiencia espiritual se manifiesta a la manera parecida al encuentro entre la moabita Rut y Noemí en miras de la búsqueda de la seguridad y sentido existencial en este mundo. El escrito está basado en uno de los textos de la resurrección, se trata de evidenciar la fe y el amor que profesaban las mujeres de la época de Jesús, en especial en María de Magdala, quien además de mostrar el amor, la reciprocidad y la entrega generosa, se convierte en la primera persona en verlo después de la resurrección.

Palabras clave: María Magdalena, conversión, vida, misión, resurrección.

Abstract

The present text refers to the existential importance that Jesus has for Mary Magdalene according to the text of John 20:1-10. This is a thoughtful article that aims to present to the reader the theological criteria found in the meeting between the woman of Magdala and the man of Nazareth. During all the writing, the way in which Jesus gradually reveals himself until she recognizes him, she will only know who he is when she hears the voice of the one who calls her by name. This intimate bond between two beings united by a spiritual experience is manifested in the manner like the encounter between the Moabite Ruth and Naomi in view of the search for security and existential sense in this world. The writing is based on one of the texts of the resurrection, it is about evidencing the faith and love professed by the women of the time of Jesus, especially in Mary of Magdala, who besides showing

love, reciprocity, and generous dedication, becomes the first person to see him after the resurrection.

Keywords: María de Magdala, conversion, life, mission, resurrection.

Introducción

Este artículo de reflexión hace referencia a ciertos autores que escriben acerca de la teología del evangelio de san Juan y de allí se trabajó el texto referente a la resurrección, además de otros escritores que de manera particular escriben sobre el personaje de María Magdalena, logrando así un escrito en conjunto que sea teológico y reflexivo al mismo tiempo. El escrito comienza hablando acerca de algunas nociones preliminares con respecto a la historicidad del personaje de María Magdalena, de la figura extendida como mujer pecadora y a modo general de la importancia que tienen las mujeres dentro del grupo de discípulos de Jesús a manera de una breve reflexión con los pasajes de los evangelios sinópticos en relación con la perícopa de Juan 20, 1-10 en el que aparecen tres personajes en escena: María Magdalena, Pedro y el discípulo amado. En primera instancia aparece María de Magdala profundamente triste por la muerte de Jesús, cuando se acerca al sepulcro es de noche, se fija y no encuentra el cuerpo, así que se dirige a los discípulos para informarles lo que ha pasado y le ayuden a encontrarlo. Los siguientes versículos dicen que Pedro y el discípulo más querido por Jesús se dirigen al sepulcro para mirar lo que ha pasado, allí cada uno desde su experiencia de fe tendrán la capacidad de ver y creer en la resurrección.

Más adelante en Juan 20, 11-18 comienza la “Cristofanía a María Magdalena”. En este apartado no habla más de los dos discípulos, pero es ella la que se encuentra sola, triste y llorando frente al sepulcro. Inicialmente se encuentra con dos ángeles quienes le preguntan el motivo de su llanto, ella, que no sabe quién le habla responde dando razón de sus lágrimas. Después escucha nuevamente la pregunta de por qué llora, pero como pasaba con los ángeles, ella no reconoce al que le habla, aunque esta vez pide que le haga saber el paradero del cuerpo de Jesús y, aunque el que le habla es él mismo aún no tiene la capacidad de reconocerlo. Finalmente, cuando pensaba que todo estaba escondido frente a ella, escucha su nombre, reconoce la voz del que la llama, recupera su propia identidad y a Jesús mismo.

Más adelante se establece una relación a manera de ejemplo para entender un poco la necesidad del vínculo espiritual entre dos seres humanos, entre Rut y María Magdalena, estas dos mujeres emprenden la búsqueda del Dios de la salvación, aquel que habían conocido por medio de Noemí y Jesús respectivamente, ellos serían los que proporcionarían los medios para llegar a trascender, a tener un encuentro verdadero con Dios. Por último, se habla de manera general acerca de la importancia del nombre, se hace mención de su etimología y la ciudad de la cual era originaria María Magdalena, ya que, según estudios arqueológicos, era la ciudad más influyente de la época.

Nociones preliminares acerca de María Magdalena

A lo largo de la historia, por medio de la literatura y la iconografía se ha hecho de María Magdalena “la figura emblemática de pecadora arrepentida” (Guinot, 2008, p. 15). Su presencia a través de los evangelios nos enseña su amor incondicional por Jesús de Nazaret, tanto así que le permitió ser la primera en verlo resucitado en la mañana de Pascua. María de Magdala como expone Guinot (2008) se convierte en una persona que encarna por su experiencia existencial después del encuentro con el maestro en: “penitente y testigo privilegiado de la resurrección” (p. 15), se convierte en la figura más popular en el transcurso de los siglos, incluso ha servido para presentar un modelo de conversión y fidelidad a Cristo. Pero, cuando se hace una lectura atenta de los textos sagrados, se puede ver que ellos presentan una figura diferente a la que se mencionaba inicialmente.

El evangelio de Juan muestra el rostro de María de Magdala desde diferentes perspectivas, por medio de variados detalles tratan de presentar la figura original que conocieron las comunidades primitivas sobre ella. Aun así, no enseñan la mujer pecadora de la que hablaba Gregorio Magno cuando dice que, “mancillada con tantos pecados, María Magdalena se arrojó a los pies de nuestro Redentor” (Guinot, 2008, p. 24) y de esta manera, Jesús viéndola arrepentida por todas sus faltas, rectifica sus malas conductas. Luego refuerza esta afirmación diciendo “¿qué designan los siete demonios sino el conjunto de los vicios?” (Guinot, 2008, p. 24), afirmando de esta manera que ella poseía los siete demonios de los que habla san Lucas (8, 2) porque “estaba llena de todos los vicios” (Guinot, 2008, p. 24), por eso corrió donde Jesús para que fuera lavada de todos sus pecados en la fuente de misericordia que él le ofrecía.

Lo anterior es una interpretación completamente diferente de lo que se conoce por los escritores sagrados. Partiendo de los textos de la unción que narran los evangelistas, se puede evidenciar los detalles particulares de cada uno para contar lo que había ocurrido en aquel momento sin hacer referencia durante las perícopas a María Magdalena. A través de una breve comparación desde el evangelio de Juan específicamente a partir de la perícopa 20, 1-10 en relación con los sinópticos se puede ver que, mientras que el evangelio de Lucas dice que, el gesto de la unción fue realizado por una “mujer pecadora pública” (7, 37), en Mt y Mc, no especifica acerca de qué mujer estaba hablando (26, 7; 14, 3), en cambio en Juan es María la hermana de Lázaro y Marta quien unge los pies de Jesús (12, 3). Teniendo en cuenta este detalle, se puede comprobar que efectivamente se trata de mujeres completamente distintas a María de Magdala, en ningún momento se menciona ella ni mucho menos se puede encontrar alguna relación. Mientras que, las unciones son realizadas por mujeres que solo son nombradas en los episodios respectivos, María Magdalena es mencionada en las listas de mujeres que seguían a Jesús, incluyendo los momentos de su muerte y resurrección. De acuerdo con lo anterior, esta mujer se ha convertido en un personaje controversial que ha llevado a que paulatinamente su rostro hubiera sido desfigurado quitándole características a los otros personajes femeninos y adjudicándoselos a ella, le atribuyen sentimientos y actitudes que no le corresponden, como, por ejemplo, en el evangelio de Lucas quien solo quiere afirmar lo atormentada que se encontraba esta mujer y no que era una pecadora.

Luego de lo anterior, es importante retomar el detalle de la presencia de María Magdalena en los momentos más importantes de la vida de Jesús, su seguimiento cobra fuerza por el hecho de que hubiera presenciado el momento de la muerte y además se convirtiera en la primera testigo de la resurrección, llamada también “apóstol de los apóstoles” (Guinot, 2008, p. 47), Pero los evangelios no solamente hacen referencia al seguimiento por parte de ella, en el evangelio de san Lucas por ejemplo dice que María Magdalena al igual que otras mujeres “les servían con sus bienes” (8, 3) y más adelante afirma que él les permitía sentarse a sus pies a escuchar la Palabra (Lc 10, 39), afirmando de esta manera la importancia de la figura femenina en el grupo de discípulos, como también la participación dentro del mismo.

Teniendo en cuenta la situación legal y social que vivían las mujeres en el tiempo de Jesús, se puede ver cuán revolucionario resultarían sus actitudes hacia ellas, era bastante

controversial para las personas de su época los sentimientos de acogida y compasión que le manifestaba, por eso su seguimiento fue fiel y sincero porque junto a él se sentían valoradas, respetadas, incluidas y su dignidad les había sido devuelta. En el momento que prenden a Jesús, cuando todos los discípulos huyen por miedo a las autoridades eclesiales y civiles de la época, las mujeres son las que permanecen junto a él hasta el momento de la cruz “¿a quién vamos a ir?, tú tienes palabras de vida eterna” (Juan 6, 68). Por eso, cuando todavía estaba oscuro en la mañana del primer día de la semana, igual que la amada sale desesperada en medio de la oscuridad en busca de su amado (Ct 3, 1), María de Magdala sale a buscar a Jesús, esperando quién pudiera darle razón sobre él, porque en nadie más podría confiar, a nadie más acudiría ella en medio de la penumbra.

Emprendiendo la búsqueda

El capítulo veinte del evangelista san Juan comienza diciendo que María Magdalena fue el primer día de la semana al huerto donde habían sepultado a Jesús. El texto sagrado indica que ella llega al lugar “cuando todavía estaba oscuro” (v. 1). Desde este momento María de Magdala emprende la búsqueda más intensa que jamás ha tenido en su vida. A ella no le importa que la luz día no aparezca todavía, porque igual que Nicodemo fue a buscar a Jesús en la noche (Juan 3, 2), María se dirige al huerto con la esperanza de hallar la luz nuevamente cuando llegue allí. Pero no solo se encuentra con la oscuridad del día que aún está por llegar, el corazón de María de Magdala se encuentra en la penumbra de la noche, sabe que, aunque encuentre lo que ella busca lo hallará sin vida, pensando que es a lo único a lo que se puede aferrar. Ella que vio morir a Jesús en la cruz, solo espera encontrar su cuerpo, aferrándose a él que es lo único que podrá poseer, aún no cree en la resurrección, todavía busca muerto al que sin saber ha regresado a la vida.

Sumida en la más profunda tristeza se acerca al lugar donde yace sin vida el cuerpo de aquel hombre por quien vivía, y al no encontrarlo se dirige a los discípulos para informarles lo que ha pasado. Su existencia estaba ligada a Jesús, quien la había llevado a encontrarse consigo misma cuando su vida se encontraba en la completa oscuridad, le había regresado la esperanza y el sentido de vida. Pero ahora como por inercia se dirige al lugar de la sepultura para quedarse con aquel que era todo para ella, el amor que le había demostrado era incondicional, sin interés, sin límites y valía la pena acompañarlo donde fuera que estuviera.

Buscaba a ese hombre que le había devuelto el sentido de vivir no una piedra sino a ese ser en cuerpo y alma que respiraba y que le inspiraba a vivir en este mundo. El texto no menciona las razones por las que va al lugar, incluso parece innecesaria su ida al sepulcro, ya que el texto indicaba anteriormente que a Jesús “lo envolvieron en los lienzos con los aromas” (Juan 19, 40), aparentemente es ilógico que se dirija a ese lugar cuando ya no encontrará vida, parece sin sentido el querer estar allí con alguien que ya no responde a sus palabras, porque Jesús ha muerto y con él también ella.

Breve acercamiento a la categoría “Discípulo amado” en relación una Actitud de Seguimiento

El discípulo que Jesús más quería se dirige al sepulcro, pues al ver que habían quitado la piedra del lugar donde estaba enterrado el cuerpo de Jesús, su preocupación se hace evidente porque ha desaparecido, no sabe quién lo ha movido o dónde lo han colocado. El relato continúa diciendo que Pedro y el discípulo amado se dirigen al sepulcro, pero María Magdalena desaparece para cederles el protagonismo a estos dos personajes y para que comprueben por ellos mismos que el cuerpo de Jesús ya no está en el lugar de la sepultura. Los dos discípulos se dirigen al lugar donde ha sido depositado el cuerpo, el texto sagrado indica que “corrían los dos juntos” (v. 4) para llegar al lugar y verificar lo que estaba pasando. El autor continúa diciendo que el discípulo que Jesús más quería y que iba con Pedro llegó primero al sepulcro, pero no entró, sino que se fijó y esperó que llegara el otro para que entrara y verificara el lugar de la sepultura. Dice el Comentario Bíblico Latinoamericano que “el detalle de que el discípulo amado llega antes, pero espera a Pedro, es comúnmente interpretado como un indicio de la juventud del discípulo amado y a la vez como una señal de veneración hacia Pedro” (Levoratti, 2007, p. 683), es notoria la preeminencia que él tenía entre los discípulos, sin embargo, a pesar de que tuvo la posibilidad de ingresar primero al sepulcro y la cercanía que tuvo con Jesús durante su ministerio público, no le permitió creer en la resurrección del Señor, contrario a lo que vivió el discípulo amado.

Otra posible interpretación acerca del orden de llegada al sepulcro puede basarse en la experiencia del amor de Jesús que cada uno había experimentado. El discípulo que dice el evangelio que Jesús más quería decide llegar primero en señal de fidelidad y esperanza. Dice el autor sagrado que al pie de la cruz se encontraban las mujeres incluyendo a María

Magdalena y el discípulo amado, ellos son los que fielmente lo siguieron hasta el final. Este discípulo no necesitó entrar al lugar de la sepultura, solo hizo falta ver los lienzos (v. 5) para constatar lo que había pasado, además el texto lo confirma más adelante cuando dice que “vio y creyó” (v. 8). En el caso de María de Magdala no pasa igual, aunque ella llega primero al sepulcro no mira el lugar, solo evidencia que el cuerpo ya no está, su mirada se encuentra nublada por una profunda tristeza, pues al haber visto morir a Jesús en la cruz, siente que allí también había perecido con él su existencia y toda esperanza para continuar.

Para el discípulo amado no hubo necesidad de ver a Jesús para creer en su regreso de la muerte, bastó con ver el lugar donde había sido sepultado y los lienzos en los que habían envuelto su cuerpo; así que fue el reclinar la cabeza sobre el pecho de su maestro (Juan 13, 25) que le dio la posibilidad de conocer sus secretos más íntimos y de esta manera se configuró con él de tal manera que le permitió creer en su resurrección sin necesidad de verlo. Dice el evangelio de Juan en el capítulo veintiuno que cuando Jesús se les aparece a Pedro y otros discípulos, solo el que más quería es el que lo reconoce diciendo “es el Señor” (Juan 21, 7), es precisamente su voz la que hace la diferencia con el resto de la gente, el haber estado cerca de él que le dio la posibilidad de identificarlo.

Igual que el discípulo amado, los evangelios no cuentan nada sobre la vida de María Magdalena más que la “relación personal” (Moreno, 2002, p. 42) que cada uno estableció con Jesús, ellos se supieron amados por su maestro y por eso se mantuvieron fieles hasta el final; ante los hechos y palabras de Jesús se sintieron “como alguien único y especial” (Moreno, 2002, p. 42), aunque él hubiera manifestado el mismo amor por todos sin hacer ninguna diferencia, ellos lo sintieron, lo vivieron y lo experimentaron en su propia vida como si fuera único. Partiendo de este detalle, se puede comprobar la importancia que tuvo Jesús en la vida de María de Magdala, para ella él era todo su mundo, era el único lugar a donde podía llegar, cuando muere se dirige al huerto donde lo habían enterrado porque no tiene más a dónde ir que al sepulcro, al lugar donde reposa un cuerpo sin vida. En los evangelios se narra una serie de acontecimientos donde hablan de muchas personas que lo amaron, fueron sanados, se convirtieron en sus discípulos y lo siguieron durante su ministerio y, sin embargo, cuando llegaron los momentos difíciles lo abandonaron, pero ella no se separó de él, lo amó

y creyó en su palabra, estuvo cerca de él, porque no sabía a quién acudir, solo vivía por él, su esperanza estaba puesta en él, si había muerto, su vida también se desvanecería con él.

María de Magdala se sentía amada por Jesús, podía sentirlo como un privilegio, porque solo en él había encontrado el modelo del verdadero amor, a quien le podía entregar su vida con la certeza de que no sería defraudada y con nadie más podría pretender hacer lo mismo. Jesús se había convertido en un amor trascendental, por medio de él no solo había regresado a la vida sino que también podía ver a Dios mismo, pues, “de cada amor humano se puede decir que convierte al otro en único; en cada amor el otro se convierte en una puerta que conduce al cielo” (Drewermann, 1996, p. 195), no es un amor mundano, sino que es profundamente humano pero a la vez divino; por medio de él, María Magdalena había experimentado la completa transformación de vida, el paso de la oscuridad a la luz, de la esclavitud a la libertad, del egoísmo a la entrega generosa y por medio de él se reflejaba el rostro de Dios, aquel que enseñaba cómo amar y demostrar con hechos y palabras lo que profundamente se sentía en el intercambio de sentimientos.

Viéndolo desde otra perspectiva, los versículos (del 3 al 10) también “descubren temas y vocabulario propiamente joaneos: el discípulo amado; el ver y creer; la alusión a los signos (las vendas...), el sudario...” (Ubieta, 1994, p. 150), se va descubriendo la evolución que tiene cada detalle para enriquecer las escenas y todo ello ha sido revelado paulatinamente durante todo el evangelio. Los signos se hacen visibles en el relato y se convierte en una forma que utiliza el autor sagrado para ir preparando al lector acerca de lo que será la revelación de Jesús resucitado ante María Magdalena y el resto de los discípulos. En el caso de las vendas, parece una continuidad de lo que pasa en el capítulo once cuando se narra la resurrección de Lázaro, Jesús pide mover la piedra del lugar donde ha sido enterrado (v. 39), luego que él lo ha regresado a la vida, pide quitar las vendas para que pueda caminar (v. 44). En el caso del lugar donde habían enterrado a Jesús, la piedra no había necesidad de quitarla, ya la habían movido del sitio, las vendas ya no envuelven el cuerpo de Jesús, porque además de los lienzos y el sudario se encuentran en un lugar aparte, como si alguien los hubiera movido previamente, el cuerpo ya no se encuentra en el lugar de la sepultura porque él ha regresado a la vida.

Cristofanía a María Magdalena v. 11-18

En la penumbra de la noche ¿quién puede dar razón sobre él?

Como punto de partida, hay que resaltar el protagonismo de María Magdalena en Juan 20, 11-18 del evangelio de Juan. El autor sagrado destaca su importancia, además el encuentro con Jesús y su posterior envío a los discípulos. Pero aquí no solo son importantes los personajes que la acompañan y el lugar donde se desarrolla la escena; vale la pena destacar todo el proceso de transformación en cuanto a la mirada que tenía antes y después del encuentro con su maestro. Inicialmente se hablaba de la importancia que tiene Jesús en su vida, no solo se trata de la presencia física como motivo de su tristeza, después de la muerte no la mirará ni le hablará; se trata también del vacío que siente interiormente, de saber que la única persona que la había mirado por lo que era ya no está con ella y no tiene a dónde ir ni a quién acudir. Por eso buscará desesperadamente el cuerpo de Jesús, será lo único que piensa que puede aferrarse, lo único que no destruyeron de él. Tendrá que tomar fuerzas y emprender el camino de regreso a la vida, sus ojos tendrán que ir identificando todo aquello que se le vaya presentando hasta el momento que escuche la voz de aquel que la llama por su nombre y la invita a continuar en el presente, también de mirar al futuro y lo que está por venir.

El versículo once dice que ella “está afuera del sepulcro llorando”. No dice cuando regresó al lugar donde habían sepultado a Jesús, en versículos anteriores cuenta que va donde los discípulos a contar que había desaparecido el cuerpo de Jesús. El llanto de María Magdalena es el de una persona que se encuentra triste y desconsolada debido a que ha perdido a su maestro y con él todo en la vida, ni siquiera sabe dónde está el cuerpo para que por lo menos llorando sobre él pueda encontrar un poco de consuelo. Dice Martín-Moreno que, “las lágrimas son una de las experiencias más universales del ser humano” (Moreno, 2002, p. 238), cuando ella llora lo hace porque en medio de todo siente que ha perdido su bien máspreciado y todo anhelo de recuperarlo o de conservar algo de Jesús para ella; siente que ha perdido la esperanza, piensa acaso si su amor por él, la tristeza por la pérdida o su fidelidad harán que pueda regresar a la vida. Estos son los mismos sentimientos que han experimentado Marta y María cuando vieron morir y enterrar a su hermano Lázaro (11, 33), sin lugar a duda a través de las lágrimas expresaban la tristeza por la pérdida de su ser querido, de aceptar su ausencia.

En este sentido se podría insinuar que, “Jesús era para María todo su sentido, su Maestro, su Salvador, su Señor, su Amigo” (Moreno, 2002, p. 238), a través del llanto expresa su tristeza y desconsuelo, ella que estuvo al pie de la cruz, contemplando lo que pasaba en ese momento con él, en quien tenía puesta su esperanza y quien era su vida, cree que todo lo ha perdido, para ella la vida carece de sentido. La última vez que vio a Jesús fue cuando lo depositaron en el sepulcro, ahora, aunque se encuentra desorientada por todo lo que ha pasado debe pensar en cómo retomar su vida, aún no tiene la capacidad de recordar y entender las palabras de él cuando anunciaba el momento de su muerte y su retorno al Padre (Juan 7, 33; 14, 19; 16, 16), incluso de entender que con él la muerte no tiene la última palabra.

Cuando los ángeles aparecen en escena, ellos se encuentran custodiando el lugar donde ha sido enterrado el cuerpo de Jesús, pero María, entregada a su tristeza no los reconoce, no sabe quiénes son esos personajes, ni siquiera cuando le preguntan “Mujer: ¿Por qué lloras?” (v. 13) porque ella responde como si se tratara de un personaje común y como si no comprendieran el motivo de su llanto. El papel de los ángeles en esta parte de la escena no representa nada especial para María Magdalena, sin embargo, como dice Moloney (2005), sus sentidos están distorsionados porque no comprende el motivo de la pregunta, aún no logra ver que aquel por quien llora ya no se encuentra en la tumba, ha regresado de la muerte y ya no hay razón para el llanto. La respuesta que da a los ángeles lleva a entender que aún se encuentra envuelta en sus pensamientos y en la idea de encontrar un cadáver, “se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto” (v. 13b), se convierte en una expresión que manifiesta “su desorientación y su pena” (Mateos, 1982, p. 854) ante la pérdida de su bien más preciado, ya no tiene apoyo y se encuentra en la más profunda soledad, confundida como se siente ahora mira hacia su pasado, lo que era su vida anterior y que amenaza con regresar, todos aquellos demonios de los que una vez había sido liberada tocan a su puerta nuevamente; pero no puede dar espacio para ello, aunque ya no tenga absolutamente nada, siente que el mundo se le está viniendo encima y el miedo le circunda hasta el punto de sentir que las lágrimas de sus ojos impiden ver a quien le está hablando realmente.

El Desconocido por Conocer

El versículo 14 dice que, “se volvió y vio a Jesús de pie, pero no sabía que era Jesús”, cuando ella se voltea lo mira y cree que tal vez tenga algo que ver con la desaparición del cuerpo de

aquel que busca tan angustiosamente. Además, sus ojos que se encuentran nublados por las lágrimas, ella cree que es el hortelano.

De nuevo aparece la pregunta que le hacen los ángeles, pero esta vez de parte de Jesús a quien aún no reconoce “Mujer, ¿por qué lloras?” (v. 15), parece irónico que “aquél a quien ella busca le pregunta a quién está buscando” (Moloney, 2005, p. 507), lo que posiblemente Jesús quiere es que ella vea que aquel a quien busca insistentemente está parado frente a ella, ya no tiene porqué llorar, ya no hay motivo para la tristeza porque aquel a quien busca desesperadamente se encuentra nuevamente frente a ella.

A la pregunta que le hace Jesús añade otra ¿A quién buscas? (v.15), es la misma que hizo en el huerto cuando lo prendieron (18, 4.7), él solo está esperando que responda igual que los guardias: “A Jesús el Nazareno” (18, 5.7) para él poder decirle “Yo soy” (18, 5.8); pero María Magdalena no dice su nombre, ni siquiera pronuncia lo que dijo a los ángeles “a mi Señor” (20, 13), su respuesta “Señor, si te lo has llevado, dime dónde lo has puesto, para que yo me lo lleve” (v.15) es de quien no confía en quien le habla, pues ella sigue creyendo que aquel que se encuentra frente a ella es el que lo está ocultando, piensa que es el dueño del huerto y por tanto debe saber de su paradero. María tiene la esperanza de encontrar un cadáver, pues cree es lo único que puede encontrar de Él, ella está segura de su muerte.

Hasta esta parte del relato María Magdalena es una mujer presa de la oscuridad, ella siente que ha perdido todo con la muerte de Jesús, su sentido de vida estaba junto a él, “tras la muerte de su amado Maestro, erraba perdida. Se le había arrebatado el encanto de sus ojos (cf. Ez 24, 16) y con ello ya no encontraba la razón de vivir” (Grosso, 2016, p. 130), su única esperanza se encuentra en un cuerpo sin vida que busca con desesperación pero que aún no encuentra, los recuerdos de aquel hombre de Nazaret la acompañan. Las palabras, los gestos, es lo único que le da vida a su corazón. El llanto y la nostalgia nublan sus ojos e impiden identificar aquel que le pregunta por segunda vez el motivo de su llanto, para María esa figura se convierte en alguien enigmático lo que ella cree que en verdad pasa frente a sus ojos.

Lo identitario. La ha llamado por su nombre

Jesús al ver que María de Magdala no reconoce quién es el que se encuentra frente a ella la llama nuevamente, ya no como “Mujer” porque aún no reconoce la voz de quien le llama, con su mirada triste y apagada expresa el desinterés por el resto del mundo, no le presta atención a lo sucedido a su alrededor, solo desea encontrar el cuerpo de ese hombre buscado y desea por lo menos encontrar el cuerpo como signo existencial de saber que está allí. Como plantea el versículo 16: “y cuando su alma estuvo preparada escuchó su nombre pronunciado con ternura” (Grosso, 2016, p. 131), “María” (v. 16), ella vuelve en sí, y como a Tobit cuando le fue aplicada la hiel del pez en sus ojos (Tb 11, 11), María de Magdala recobra nuevamente la vista y reconoce a quien ha buscado con desesperación, ahora que se han abierto sus ojos y sus oídos han escuchado claramente su nombre, no queda duda de que se trata de aquel que le brinda consuelo y esperanza.

Jesús no impuso su presencia sobre aquella mujer, él quiso que paulatinamente se fuera acercando a la verdad, no quiso que fuera de manera intempestiva, “sin irrumpir con la brusquedad de un trueno o el efecto deslumbrador de un relámpago” (Grosso, 2016, p. 131), porque su corazón se exaltaría y el temor que ya estaba por escapar de ella, la invadiría nuevamente con mayor fuerza de la misma manera que, “el amor es delicado; no se impone, se ofrece; abre un camino en proceso... poco a poco. No avasalla ni arrasa... se presenta con humildad, incluso está dispuesto a no ser reconocido” (Grosso, 2016, pág. 131) llega a María Magdalena nuevamente, el amor que ella creía perdido, el tesoro que había encontrado escondido cuando su vida estaba por escapar de sus manos regresó y no lo volverá a perder jamás.

Ella siente la voz de Jesús, igual que el pastor cuando llama cada oveja por su nombre (10, 3) y atiende al llamado, María atiende al que la llama por su nombre con “Rabbuní” (v.16), estaba lista para volver de la oscuridad en la cual había sido arrojada. Él no podía dejar que ella siguiera viviendo allí en la penumbra, por eso “esa mañana y en ese jardín, el Buen Pastor encontró a la oveja que vagaba perdida” (Grosso, 2016, p. 131), Jesús había regresado de la muerte para venir a rescatarla a ella también, pues en el momento en que él murió en la cruz y la vida de María de Magdala también había sucumbido en lo más profundo, cuando regresa resucitado lo primero que recobra es el sentido de vivir.

El nombre cobra importancia en manos del que es llamado. Jesús dice “María” porque hace parte de su propia identidad, para ella es comprendido a la manera de cualquier semita, ya que demuestra “la intimidad del ser” (León, 1998, p. 181), su nombre lo habrá escuchado de labios de otras personas, pero en boca de Jesús era único, el tono era inconfundible, por eso lo reconoce cuando escucha que su voz lo pronuncia.

María regresa a la vida, aquel por quien había sufrido y creía haber perdido todo ha retornado, “Instintivamente se recupera de nuevo la intimidad rota por la muerte y María reconoce a Jesús vivo” (León, 1998, p. 181), como cuando se busca aquello tan valioso que se ha perdido y al buscarlo insistentemente y con tanta angustia se encuentra, dice desde el fondo de su ser “Tú, mi salvación y mi apoyo, tú mi salvación; Señor, te tengo de nuevo” (Drewermann, 1996, p. 210). María vivió sin esperanza, pensando que su vida había terminado con la muerte de Jesús en la cruz, pero en el momento que se reencuentra con él vuelve a vivir, porque ha recuperado aquel por quien vive, “solo quien regresa personalmente de esa vida mortal, en sí desesperada y sin apoyo, será el testigo de la resurrección de Jesús” (Drewermann, 1996, p. 214).

María Magdalena estaba llena de gozo, porque aquel por quien sufría había regresado con ella, la muerte no había sido capaz de arrebatarle el sentido de amar, aun así, cree estar segura. Nada ha cambiado en él, el Jesús de antes, el hombre a quien seguía durante el ministerio público caminando por las calles, a ese que veía compartir con la gente, sanarla, devolverle la esperanza, en él ha depositado la esperanza y se siente segura frente a ese hombre de Nazaret; pero no es así, aunque le falte un poco para terminar de comprender el misterio de la resurrección, debe saber que Jesús ha regresado diferente, porque él debe volver a su lugar de origen junto al Padre, por más que lo intente no puede aferrarse a él como si fuera de su propiedad.

La expresión que le dice Jesús a María “Deja de tocarme” (v.17), más que un llamado de atención por querer retenerlo para sí, es una invitación que le hace para que desista “de su intento de restablecer la relación que una vez tuvo con él” (Moloney, 2005, p. 507), su amor por él se debe transformar y trascender más que cualquier otro amor humano, donde muchas veces se llegue a experimentar sentimientos de vacío y soledad, debe aprender a vivir un

amor que perfeccione la vida, que sea un don gratuito que se pueda multiplicar con y en todos.

El “deja de tocarme” también da a entender en María Magdalena la motivación a la “misión que ella tiene que cumplir ante los discípulos” (León, 1998, pág. 183); cuando Jesús le dice que vaya a los “hermanos” a decirles “Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios” (v.17), comprende que no le debe retener para ella solamente, si lo hace sería actuar de una manera egoísta y contrario a lo que Jesús predicaba. Ese anuncio que ella lleva a los discípulos lo hace de manera abierta y comunitaria, debe procurar alcanzar a todos sin hacer distinción, desde ese preciso momento “el amor de María Magdalena por Jesús debe ser vivido de otra forma: con la misión de evangelizar a tiempo y a destiempo (cf. 2 Tm 4, 2). El amor se transforma en misión. Y la misión en anuncio y testimonio” (Grosso, 2016, p. 132).

María amó de manera desinteresada y entregada a Jesús, la sanación que él obró en ella hizo que la salvara de la oscuridad y que a su vez él se convirtiera en su salvador y solo en él encontró el amor que buscaba. Ella lleva a los demás la prueba de que en Jesús se encuentra la salvación, aquellos que no hayan logrado experimentar el amor verdadero lo encontrarán en Jesús, a nadie más tendrán que acudir porque en él encontrarán el sentido de vida, el dolor de haber perdido lo único que creían valioso ya no existirá porque en él les será devuelta la paz y la esperanza.

“Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios” (Rut 1, 16)

Para María Magdalena, Jesús se había convertido en lo más valioso de su vida, los evangelios en ningún momento la relacionan con otro personaje más que con Jesús y su voz no se escucha más que en el texto de la resurrección cuando busca desesperadamente al que se le ha perdido. Ella lo seguía a todas partes, se había convertido en una fiel discípula y a su vez él se convirtió en todo para ella; él era el amado que había desaparecido y ahora que lo había encontrado no lo soltaría (Ct 3, 4), el tesoro que estaba escondido (Mt 13, 44), el que liberaba de espíritus inmundos (Lc 8, 2), la luz que brillaba en medio de su oscuridad (Jn 1, 5), el pastor que reconoció cuando la llamó por su nombre (Jn 10, 3), el que enjugó las lágrimas de sus ojos y le dio nueva vida (Ap 21, 4.5). Él era el amor que tanto buscó y que solo en él lo encontró, Jesús era su salvador, su Señor y también su Dios, solo ante sus ojos era capaz de encontrar la vida anhelada, le devolvió la esperanza a su existencia, se adhirió a él como los

huesos a la carne (Jb 19, 20) o la faja a la cintura (Jr 13, 11) y, ahora que asume el misterio de la resurrección, comprende que, aunque la presencia de su maestro ya no sea constante, estará presente a lo largo de toda su vida.

Lo anterior describe la importancia de Jesús en la vida de María Magdalena. Ahora es significativo resaltar la expresión que manifiesta el deseo de Jesús “Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios” (v. 17), quiere que ella al igual que los discípulos se conviertan en hijos del Padre y Dios de Jesús. Para él esta expresión está cargada de un profundo significado, porque Rut la moabita al igual que María de Magdala se adhiere al Dios que sabía que podía salvarlas. Es una convicción desde el corazón, cada una lo acepta de manera “libre y empática, amorosa y desinteresada” (Navarro, 2012, p. 102). La imagen de lo divino en cada una hace que ese Dios tan anhelado se convierta en su propia heredad “Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios” (Rut 1, 16). Estas dos mujeres, cada una desde su propia condición “prueban la verdad de su conversión y la profundidad de la misma” (Navarro, 2012, p. 102), cada una de manera simbólica habitaban en tierra extranjera y la tribulación que desde la propia condición vivían, hacía que su existencia estuviera ligada al destierro; una vivía en pueblos paganos, ahora era viuda y sin descendencia, solo poseía la compañía de su suegra que ahora la quiere ver partir nuevamente a la casa de sus padres; la otra había perdido su vida con la muerte de su maestro en la cruz, la oscuridad de la que había sido liberada ahora se apodera nuevamente de ella.

En ellas no hay segunda intención, María Magdalena insistentemente sigue a Jesús como Rut a su suegra Noemí con el deseo de encontrar “al Dios de Israel por un camino completamente distinto, quizás menos «divino», pero ciertamente más humano... quiere decirse que el encuentro directo entre personas es el único lugar efectivo y decisivo de la revelación de Dios” (Drewermann, 1996, p. 59). para aquellas mujeres, ellos se había convertido en el medio adecuado que las conduciría al encuentro con Dios, aquel que se hace cercano, “que sorprende y desborda las propias expectativas” (Navarro, 2012, p. 106), que es real y se manifiesta de múltiples maneras, pero “en quien se puede confiar y no un dios al que hay que temer” (Navarro, 2012, p. 106).

Los inicios del kerigma

La alegría de María Magdalena por haber encontrado nuevamente a Jesús es tan grande que ir donde los discípulos se convierten en un privilegio. Inicialmente había ido donde ellos a contarles acerca de su preocupación por la desaparición del cuerpo de Jesús, ahora que lo ve nuevamente va a contarles acerca de su regreso; si antes había ido donde los discípulos con el alma triste y sus ojos llenos de lágrimas porque el cuerpo de su maestro había desaparecido, ahora regresa a ellos gozosa a contarles la buena noticia de su regreso. La transformación que María vive no solo se hace visible de manera corporal, en cada detalle que narra el autor sagrado, se puede evidenciar también la transformación interna que genera el encuentro de Jesús con María de Magdala; él había penetrado hasta lo más profundo de su ser, allí donde habitaba el dolor y la oscuridad, comenzaba a renacer de nuevo la esperanza.

Él la había llamado por su nombre, la conocía y por eso había regresado a la vida, para que anunciara lo que había vivido, para que otros también encontraran el amor que Dios ofrece gratuito y desinteresado, por eso para María Magdalena y cualquiera que haya sido arrebatado de las garras de la oscuridad “Ver al Señor como resucitado siempre es al mismo tiempo una especie de envío, una especie de presión interna a seguir hablando” (Drewermann, 1996, p. 218), el descubrir nuevamente la vida que habita dentro de cada uno también conlleva el deseo de que otros experimenten lo mismo, encuentren esa luz que permanentemente se busca y que muchas veces por estar aferrados a algo más no se logra encontrar ni ver con claridad.

María Magdalena llega a los discípulos y les dice que “ha visto al Señor” (v. 18), se convierte en “el cumplimiento de la promesa de revelación que Jesús había hecho” (Ubieta, 1994, p. 171), por medio de María da a conocer su regreso de la muerte. Ella es responsable de lo que pueda hablar con los discípulos; sin embargo, ellos que lo habían seguido fielmente, luego habían huido cuando prendieron a su maestro, ahora se encontraban encerrados por miedo a las autoridades judías (Juan 19, 19), y ante el anuncio de María Magdalena sorprendidos ante la noticia del regreso de la muerte de su maestro. Ellos al igual que María están invitados a anunciar al Hijo de Dios que se ha hecho hombre y que entregó su vida de manera gratuita por todo aquel que la quiera recuperar.

Después de la reflexión hecha a partir del encuentro entre María de Magdala y Jesús, es importante hablar un poco acerca de valor que tiene el nombre de aquella mujer que se

convirtió en la primera testigo de la resurrección y en la seguidora fiel del maestro desde la perspectiva del autor del cuarto evangelio. Antes que nada, es importante resaltar que, el nombre se convierte en el distintivo que lleva cada persona; a partir de él es llamada e identificada en perspectiva nominal, aunque se lleve el mismo no habrá necesidad de pensar en una confusión, porque cuando se llama se sabe a quién se refiere y el otro responde confiado.

El nombre adquiere un significado especial, no importa si es asignado por gusto o por alguna situación específica, lo importante es que para la persona que lo lleva implica su propia identidad. En el caso del versículo 16 donde dice que Jesús la llama “María”, evidencia el momento en que los oídos de esa mujer se abren y escuchan que pronuncia su nombre, no importa si existen otras mujeres con el mismo nombre, sabe que se trata de ella y nadie más.

El nombre de María (Miriam) era bastante común en la época de Jesús, “lo llevaba una de cada cuatro mujeres de la época” (Ubieta, 2020, p. 50), otro nombre común en aquel tiempo era el de Salomé “eran los nombres más usados en la Palestina de aquel momento” (Ubieta, 2020, p. 50). En el NT se identifican dos formas griegas del mismo nombre “Μαρία y Μαριάμ” (Balz, 2002, pág. 159), dice que la segunda es la “transcripción (LXX) del nombre hebreo *miryām*” (Balz, 2002, p. 159). María era el nombre de la madre de Jesús, así también es llamada la hermana de Marta y de Lázaro y algunas mujeres que estuvieron junto a Jesús. De esta manera se alcanza a ver lo común que este nombre resultaba, pero aun así cada uno iba acompañado del nombre de su marido, padre, hijo o del lugar de origen, por ejemplo, María, mujer de Clopás (Juan 19, 25), María la madre de Santiago y de José (Mt 27, 55), María, llamada Magdalena (Lc 8, 2).

En el caso de María Magdalena, es “Μαριάμ η Μαγδαληνη (la designación del lugar de origen –Magdala-)” (Balz, 2002, pág. 164), en ninguno de los evangelios dice dónde se encontraba ubicada esta ciudad, incluso hablan de nombres diferentes: Magadán (Mt 15, 39) y Dalmanuta (Mc), diversos estudios tratan de encontrar la respuesta sin llegar a algo concreto; también se habla de Magdala como sobrenombre que ella llevaba relacionándolo con algún aspecto de su personalidad; Magdala se deriva de la palabra hebrea Migdal significando “torre de vigilancia, fortaleza” (Ubitia, 2020, pág. 51), incluso se dice también que Magdala – Tariquea (También se ha conocido la ciudad con este nombre) era una ciudad

en el lago de Tiberíades, su traducción insinúa al proceso de la conservación del pescado en sal. La ubicación de la ciudad hacía que fuera muy reconocida en la zona, estaba situada “al borde de la Via Maris, una de las grandes autopistas del momento” (Ubitia, 2020, p. 52), el lugar era favorable no solo porque se facilitaba como ruta comercial, sino también porque se convertía en puente de contacto entre varias culturas compartiendo sus conocimientos y costumbres.

La palabra Magdala no solamente evoca su lugar de origen, también se convierte en la manera en que el mundo la conoció y sin pensarlo en la manera en que sería recordada. Si las mujeres de su época eran identificadas por su nombre acompañado de alguna figura masculina, en María Magdalena ocurre lo contrario, ya que en los textos no se encuentra ningún referente masculino con relación a ella, tal vez indicando que no estaba casada. Esto no significa que no fuera importante, al contrario, esto no fue excusa para que se uniera al grupo de seguidores de Jesús y que se convirtiera en una figura importante dentro de las comunidades primitivas.

Conclusiones

Todo lo anterior expuesto acerca de la situación que vivió María Magdalena al pie del sepulcro es similar a la que vive cada hombre cuando por diversas circunstancias pierde un ser querido, aquello que ha considerado valioso o incluso su propio sentido de vida; es precisamente la búsqueda constante lo que le va permitiendo encontrar orden y valor a su existencia, aquello que proporciona paz y serenidad, donde el corazón puede hallar el verdadero tesoro (Mt 6, 21), no importa el tiempo sino el deseo de habitar allí donde haya esperanza.

Se puede concluir en relación con lo expuesto del discípulo amado que, en su figura se puede ver identificado cada hombre que se siente amado por Dios, todo aquel que se atreve a creer que todo lo bueno y propositivo que tiene en su vida proviene de él y que de una manera libre lo invita a que generosamente multiplique esos sentimientos con aquellos que han perdido la esperanza y la fe incluso en ellos mismos.

De acuerdo con la expresión “deja de tocarme” (Juan 20, 17) se han hecho diferentes interpretaciones, pensando muchas veces en la manera que se pueda explicar y aplicar al contexto. Lo cierto es que, en María Magdalena tiene un sentido trascendental. La

experiencia que ella tuvo del resucitado fue de manera paulatina y progresiva. Jesús la llevó a experimentar sentimientos generosos y desinteresados, la llevó a comprender de una manera sensata que, el ver al resucitado, haber recobrado su sentido de vida, debía aprender a compartir toda la experiencia de la resurrección de su maestro con los demás sin sentir restricción alguna, empezando con sus hermanos, los más cercanos.

Finalmente, haciendo referencia a la experiencia de María Magdalena con respecto a la resurrección de Jesús de Nazaret se puede decir que, en ella se encuentra reflejado el deseo que hay en cada ser humano de encontrar a alguien que le devuelva las ganas de vivir en medio de la devastación, y que ese otro ayude a sentir que hay un lugar en el mundo del cual se hace parte; no se trata de vivir en función de lo que ya no se tiene físicamente, sino de ese apoyo que brinda la otra persona para la búsqueda de la felicidad, donde se halla la paz, aquello que espiritualmente sostiene a la vida y la lleva a trascender frente a lo tormentoso que a veces se presenta. Encontrar lo buscado es un júbilo. María Magdalena encontró lo vivo en lo que aparentemente estaba muerto. En esto está posiblemente el sentido profundo del kerigma que impregna la buena nueva de Jesús de Nazaret.

Bibliografía

- Balz, H., & Schneider, G. (2002). *Diccionario exegético del Nuevo Testamento, Volumen II*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Drewermann, E. (1996). *El mensaje de las mujeres, La ciencia del amor*. Barcelona: Herder.
- Grosso, G. L. (2016). «¡Rabboni!», *Presencia y misión de la mujer en la iglesia*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos BAC.
- Guinot, J. N. (2008). La tradición patrística. En J. B. Auberger, J. Beaudé, M. Berder, G. Billon, R. Burnet, I. Chaireire, . . . F. Tricard, *Figuras de María Magdalena*. Pamplona: Verbo Divino.
- León, D. X. (1998). *Lectura del Evangelio de Juan, Jn 18-21, vol. IV*. Salamanca: Ediciones Sígueme.

- Levoratti, A. J., Tamez, E., & Richard, P. (2007). *Comentario Bíblico Latinoamericano, Nuevo Testamento*. Estella (Navarra): Verbo Divino.
- Moreno, J. M. (2002). *Personajes del cuarto evangelio*. Madrid: Descleé De Brouwer.
- Mateos, J., Barreto, J., Hurtado, E., Urban, A., & Rius-Camps, J. (1982). *El Evangelio de Juan, Análisis lingüístico y comentario exegético*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Moloney, F. J., & S.D.B. (2005). *El Evangelio de Juan*. Estella (Navarra): Verbo Divino.
- Navarro Puerto, M. (2012). Evolución de la/s imagen/es de la divinidad en los personajes del libro de Rut. Aproximación Psiconarrativa. En C. B. Ubieta, *Los rostros de Dios, Imágenes y experiencia de lo divino en la Biblia, III Congreso Bíblico Internacional de la ABE* (págs. 97-107). Estella, Navarra: Verbo Divino.
- Ubieta, B. C. (1994). *María Magdalena, tradiciones en el cristianismo primitivo*. Estella (Navarra): Verbo Divino.
- Ubitia, B. C. (2020). *Qué se sabe de... María Magdalena*. Estella (Navarra): Verbo Divino.